

merosa familia. En ese reducto del tradicionalismo íntegro y encarnado que es San Jenaro, en Pichi Mahuida, La Pampa, donde el inolvidable caballero carlista José Ramón García Ilorente y su ejemplar y distinguida esposa María Jesús Gallardo han cumplido el milagro de hacer florecer —en flores de hijos y nietos— el páramo, he tenido ocasión de disfrutar de la compañía de Guido (hijo), Alberto y Pablo Soaje, y de las hijas de éste, casadas con vástagos del matrimonio García Gallardo.

Guido Soaje pertenece a un mundo intelectual pero también vital que para desgracia nuestra ya no existe. Como mis maestros, y por la misericordia de Dios han sido muchos, son todos de su generación, puedo afirmarlo sin temor a errar: hoy todos somos peores; hasta los (y, ay, ni siquiera me cuento entre ellos) mejores. Su obra escrita, con ser valiosa, probablemente no hace justicia al hombre de una pieza. Las aristas de su personalidad son incluso de envidiar en el panorama crecientemente plano en que va convirtiéndose nuestra universidad y en general nuestro mundo. El pensamiento tradicional hispánico está de luto. A su familia y sus discípulos más cercanos, el más sentido pésame. Que, más ampliamente, nos embarga a todos los cultores de la filosofía práctica de signo clásico. Descanse en paz.

MIGUEL AYUSO

III

Ha muerto un filósofo, en una época en la que los sofistas abundan y los filósofos escasean (*).

Ha muerto un hombre amante de la Verdad que, desde muy joven, pidió a Dios, como Salomón, el espíritu de la sabiduría, y lo antepuso a los reinos y a los honores. Juzgó que las riquezas nada eran en comparación con ella; la amó más que la salud y la

(*) Reproducirnos este texto, publicado en *Cabildo*, Buenos Aires, abril de 2005, 3.ª Época, núm. 45, que nos ha hecho llegar para su publicación nuestro querido colaborador el profesor Bernardino Montejano (N. de la R.).

hermosura y la tuvo por luz porque su resplandor es inextinguible (*Sab. 7, 7-10*).

Ha muerto un universitario cabal, en esta época en la cual pululan como hongos las universidades de pacotilla, que bajo el disfraz de un nombre venerable, traicionan todos los días su espíritu; un universitario a quien Dios le dio la gracia, que él supo aprovechar, de estudiar hasta el último día de su existencia terrena.

Ha muerto un docente de alma, que vivió enseñando todos los días, incluso en su casa de Alta Gracia, mientras nuestra vista gozaba con el espectáculo de las serranías; allí vivía la universidad de siempre, esa universidad que privilegió a los profesores sobre los edificios y a la metafísica sobre el dinero y el mercado.

Ha muerto un hombre cuidadoso del lenguaje, que supo usar los términos en sentido estricto, los unívocos y los análogos, enemigo de los equívocos, en los cuales se esconden los engaños de los sofistas de todos los tiempos.

Ha muerto un padre de familia, que con sus nueve hijos y con sus decenas de nietos y bisnietos contribuyó a poblar la Argentina con argentinos, en estos tiempos oscuros de egoísmo y de irresponsabilidad demográfica.

Ha muerto un patriota, que como no era tonto, nunca ocultó su nacionalismo esencial. Cultivó la virtud de la piedad patriótica y sufrió como heridas los males de la decadencia argentina.

Ha muerto un hombre preocupado por la construcción del bien común político, escribiendo que es imposible lograrlo "en sus aspectos principales, los que confieren la más alta dignidad a la vida colectiva, si la conducción de la ciudad apunta a reducir a los hombres a un común denominador de enanismo moral por el estímulo de los apetitos inferiores y por la imposición de hábitos de servilismo, de adulación al poderoso, de mendicidad sistemática, de renuncia a las legítimas libertades".

Ha muerto un hombre tal vez demasiado severo, por empeñar consigo mismo, demasiado riguroso; por ese motivo gran parte de su obra permanece inédita. Es tarea de su familia y de sus discípulos publicarla para que muchos puedan gozar de esas joyas del espíritu.

BERNARDINO MONTEJANO